

El parche del niño pirata: dos formas de ver la realidad

Ojo que mira el Sol, ojo que mira la Luna

CELSO ROMÁN

SARA SÁNCHEZ (ilustración)

Panamericana Editorial, Bogotá, 2016, 32 pp., il.

ES MUY difícil encontrar un libro para niños que hable sobre discapacidades, y que lo haga de manera natural y poética; sin aleccionamientos ni consideraciones especiales que, aunque con buenas intenciones, terminan por diferenciar y apartar al discapacitado. En *Ojo que mira el Sol, ojo que mira la Luna*, Celso Román, desde una *mirada* personal, relata con humor la historia de un niño estrábico que encuentra en su condición la fuente de sus juegos, y se fortalece ante las burlas de los demás.

El niño de esta historia tenía accidentes constantemente. “¡Chino bruto, fíjese, no sea torpe!” (p. 13), le decían con frecuencia, y se ganó tantos coscorrónes en el coco “que con el paso del tiempo llegó a ser un señor calvo” (p. 14). Sus padres tardaron en entender que el pequeño no veía bien, miraba el mundo con un solo ojo: “La gente decía que miraba de lado, como miran las gallinas” (p. 9), hasta que, finalmente, su mamá lo llevó al oculista, quien tras algunas pruebas le diagnosticó ambliopía ex anopsia, por lo que tuvieron que taponarlo el ojo bueno para que su ojo perezoso trabajara. El parche es causa de burlas y de apodos en el colegio, pero ante el sufrimiento, las palabras de la madre son un bálsamo y el detonante para que el pequeño se sobreponga y encuentre la fortaleza en su interior, en el tesoro de su imaginación. Así, el niño juega a que es un pirata y su mundo interior le enseña “que con un ojo se puede mirar la realidad; y con el otro, el universo de la fantasía” (p. 30). La historia no se queda en dar una lección de equidad y respeto; pasa por alto el matoneo y prefiere centrarse en la fuerza interior del protagonista y en cómo esta le permite sortear por sí mismo las dificultades.

La edición es llamativa, con una cubierta roja, flexible, fácil de manipular, y en un formato cuadrado amplio, con tapa blanda fortalecida gracias a unas solapas. La entrada al libro es amenizada por unas guardas con motivos solares y lunares, y la portada a doble página (algo inusual) ya es un abrebocas de lo que será la historia. Las ilustraciones de Sara Sánchez, así como el diseño y la selección tipográfica fueron sin duda un acierto, pues complementan la historia a partir del uso de distintas perspectivas, aprovechando la doble página y dándoles espacio suficiente a los textos, que nunca quedan superpuestos a la imagen y son de fácil lectura gracias al interlineado y al tamaño de la fuente, cualidades muy necesarias para aquellos que están aprendiendo a leer. Además, son destacables las imágenes en collage, como las que muestran la revelación de la madre respecto al mundo de fantasía (pp. 23-24), o aquellas en las que hay un contraste entre la imaginación del niño y la realidad escolar (pp. 28-29). Solo hay un pequeño detalle que pudo haberse corregido y es cuando el niño mira el cartel del test visual, pues las imágenes están invertidas: la ilustración del ojo derecho aparece en la página izquierda, y viceversa.

El texto, por su parte, tiene un problema en cuanto a la voz del narrador, que se superpone a la del personaje. En otras palabras, la historia pierde su voz: empieza con una dedicatoria en primera persona, salta a un narrador en tercera, para pasar, en la mitad del relato, de nuevo a primera persona. No es fácil ignorar esta situación, que despista fácilmente. Sin embargo, no me extraña que haya sucedido, pues la compenetración entre el personaje y el autor es tal, que casi se podría decir que se trata de una narración autobiográfica. Y es que Celso Román, el autor, tiene mucho en común con el niño protagonista: es un auténtico narrador de historias, capaz de ver simultáneamente el mundo de la realidad y el de la fantasía, y dedica este libro a “todos los niños que sufrimos tanto con el estrabismo cuando estábamos en el colegio” (p. 7). Es decir, conoce de primera mano en qué consiste esa condición.

Por otro lado, no deja de llamar la atención el uso de términos que

explican la situación del niño y que no necesariamente aclaran, sino que pueden confundirse entre sí: ¿tener un ojo perezoso es lo mismo que tener ambliopía ex anopsia, ser estrábico o ver el mundo con un solo ojo?, ¿cuál es la relación entre esa condición y ser bizco? Se utilizan varios de esos términos al azar, como sinónimos, pero no se alcanza a establecer una diferenciación o explicación clara.

Impresiona la sencillez con la que se aborda un tema que el autor vivió en carne propia, y lo que es mejor: el uso de un tinte humorístico permite que la narración fluya sin dramatismos ni lecciones de tolerancia; simplemente muestra cómo las palabras adecuadas pueden convertirse en un detonante que impulse a buen puerto a un barco que está a punto de naufragar.

La experticia narrativa y el vínculo de Román con el tema se evidencian en esta obra. No es de pasar por alto que se trata de uno de los escritores emblemáticos de la literatura infantil colombiana. Es el autor de *El imperio de las cinco lunas*, *Las cosas de la casa* o *Los amigos del hombre*; estos dos últimos, títulos clásicos leídos ya por varias generaciones de colombianos. El complemento de Sara Sánchez en la imagen no pudo ser mejor. Un buen dúo, para un libro ilustrado con una temática original y bien abordada. Esperemos que en una reedición los problemas de redacción sean resueltos, lo cual llevaría esta obra a un nivel superior.

Zully Pardo